

†  
JHS

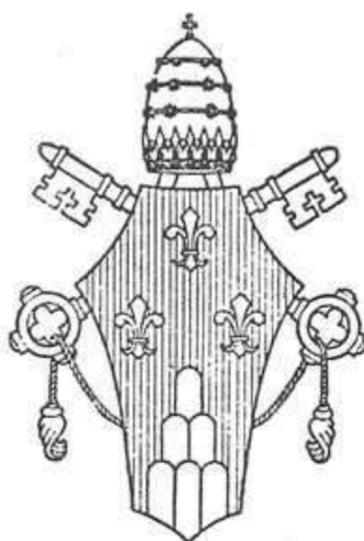
# BOLETIN OFICIAL

DEL

## OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV 20 OCTUBRE 1965 (DEP. LEGAL - M. H. -148-1958) N.º 14

CARTA ENCICLICA «MYSTERIUM FIDEI»



CARTA ENCICLICA  
DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR  
P A B L O

POR DIVINA PROVIDENCIA

P A P A V I

A LOS VENERABLES HERMANOS  
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS  
Y A LOS OTROS ORDINARIOS DE LUGAR  
QUE ESTÁN EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA,  
Y AL CLERO Y FIELES CRISTIANOS  
DE TODO EL MUNDO

SOBRE LA DOCTRINA Y CULTO

DE LA

SAGRADA EUCHARISTIA

VENERABLES HERMANOS Y AMADOS HIJOS:  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

### Venerables hermanos:

EL MISTERIO DE FE, es decir, el inefable don de la Eucaristía, la Iglesia lo ha recibido del Espíritu Santo, su Esposo, como prenda de su inmenso amor, lo ha guardado siempre religiosamente como el tesoro más precioso y ahora el Concilio Ecuménico Vaticano II le ha tributado una nueva y solemnísimas profesión de fe.

En efecto, los Padres del Concilio, al tratar de restaurar la sagrada liturgia, en su solicitud pastoral en favor de la Iglesia universal, nada han tenido tan en el corazón como exhortar a los fieles a que con entera fe y suma piedad participen activamente en la celebración de este sacrosanto misterio, lo ofrezcan juntamente con el sacerdote como sacrificio a Dios por la salvación propia y de todo el mundo y se nutran de él como alimento espiritual.

Porque si la sagrada liturgia ocupa el primer puesto en la vida de la Iglesia, el misterio eucarístico es como el corazón y el centro de la sagrada liturgia, en cuanto es la fuente de la vida que nos purifica y nos fortalece de modo que vivamos no ya para nosotros, sino para Dios, y nos unamos entre nosotros mismos con estrechísima caridad.

Y para que se haga evidente la íntima conexión entre la fe y la piedad, los Padres del Concilio, confirmando la doctrina que la Iglesia siempre ha sostenido y enseñado y el Concilio de Trento definió solemnemente, juzgaron que era oportuno anteponer, al tratar del sacrosanto misterio de la Eucaristía, esta síntesis de verdades: «Nuestro Salvador, en la última cena, la noche de su traición, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y Sangre, para perpetuar así el sacrificio de la cruz a lo largo de los siglos hasta su vuelta, confiando de este modo a su amada Esposa la Iglesia el memorial de su muerte y de su resurrección; sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura» (*Constit. De Sacra Liturgia, c. 2, n. 47; A. A. S. LVI, 1964, p. 113*).

Con estas palabras se enaltecen a un mismo tiempo el sacrificio que pertenece a la esencia de la misa que se celebra cada día y el sacramento. Al participar de él los fieles por la sagrada comunión, comen la Carne y beben la Sangre de Cristo, recibiendo la gracia, que es una anticipación de la vida eterna y la medicina de la inmortalidad, según las palabras del Señor: «*El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré en el último día*» (Jn. 6, 55).

Así, pues, de la restauración de la sagrada liturgia Nos esperamos firmemente que brotarán copiosos frutos de piedad eucarística, para que la santa Iglesia, levantando esta saludable enseñanza de piedad, avance cada vez más hacia la perfecta unidad (cfr. Jn. 17, 23), e invite a todos cuantos se glorían del nombre cristiano a la unidad de la fe y de la caridad y los atraiga suavemente bajo la acción de la divina gracia.

Nos parece que entrevemos estos frutos y como que gustamos ya sus primicias en la alegría manifiesta y en la prontitud de ánimo con que los hijos de la Iglesia católica han acogido la constitución de la sagrada liturgia y su instauración; y asimismo en muchas y bien escritas publicaciones destinadas a investigar más profundamente y a conocer con mayor fruto la doctrina entorno a la santísima Eucaristía, especialmente en lo que se refiere a su conexión con el misterio de la Iglesia.

Todo esto es para Nos motivo de no poco consuelo y gozo y el comunicároslo es un gran placer, venerables hermanos, para que también vosotros, con Nos déis gracias a Dios, dador de todo bien, quien, con su Espíritu, gobierna a la Iglesia y la fecunda con creciente virtud.

#### *Motivos de solicitud pastoral y de ansiedad.*

Con todo, venerables hermanos, no faltan, precisamente en la materia de que estamos hablando, motivos de grave solicitud pastoral y de ansiedad, acerca de los cuales la conciencia de nuestro deber apostólico no nos permite callar.

En efecto, sabemos ciertamente que entre los que hablan y escriben de este sacrosanto misterio hay algunos que divulgan

ciertas opiniones acerca de las misas privadas, del dogma de la transubstanciación y del culto eucarístico, que turban las almas de los fieles, engendrándoles no poca confusión en las verdades de la fe, como si fuese lícito a cualquiera echar en olvido la doctrina definida ya por la Iglesia e interpretarla de modo que el genuino significado de las palabras o la reconocida fuerza de los conceptos queden enervados.

No se puede, en efecto, por poner un ejemplo, exaltar tanto la misa llamada «comunitaria», que se descarte la misa privada; ni insistir tanto en la razón de signo sacramental como si el simbolismo, que todos ciertamente admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento; o discutir acerca del misterio de la transubstanciación sin decir una palabra de la admirable conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre, de que habla el Concilio de Trento, de suerte que queden limitadas solamente, como dicen, a la «transignificación» y «transfinalización»; o, finalmente, proponer y llevar a la práctica la opinión según la cual en las hostias consagradas que quedan después de la celebración del sacrificio de la misa Nuestro Señor Jesucristo no estaría ya presente.

Cualquiera ve cuánto daño reciben de estas opiniones y de otras semejantes que se divulgan, la fe y el culto de la divina Eucaristía.

Así, pues, para que la esperanza suscitada por el Concilio dé una nueva luz de piedad eucarística que inunde a toda la Iglesia, no se vea frustrada por los gérmenes ya esparcidos de falsas opiniones, hemos decidido hablar con vosotros, venerables hermanos, de este grave tema y comunicaros acerca de él nuestro pensamiento con autoridad apostólica.

Ciertamente, Nos no negamos a los que divulgan tales opiniones el deseo nada despreciable de escrutar y desentrañar las inagotables riquezas de tan gran misterio y descubrir su sentido a los hombres de nuestra época; más aún: reconocemos y aprobamos este deseo; pero no podemos aprobar las opiniones que defienden, y sentimos el deber de avisar del gran peligro que esas opiniones constituyen para la recta fe.

*La sagrada Eucaristía es un misterio de fe.*

Ante todo queremos recordar una verdad, de vosotros bien sabida, pero muy necesaria para eliminar todo veneno de racionalismo; verdad que muchos católicos han sellado con su propia sangre y que célebres Padres y Doctores de la Iglesia han profesado y enseñado constantemente, esto es, que la Eucaristía es un altísimo misterio, más aún, hablando con propiedad, como dice la sagrada liturgia, el *misterio de fe*: «Efectivamente, en sólo él, como muy sabiamente dice nuestro predecesor, León XIII, de feliz memoria, se contienen con singular riqueza y variedad de milagros todas las realidades sobrenaturales» (*Carta encíclica Mirae caritatis: Acta Leonis XIII, vol. XXII, 1902-1903, p. 122*).

Es, pues, necesario que nos acerquemos, particularmente a este misterio, con humilde reverencia, no buscando razones humanas, que deben callar, sino adhiriéndonos firmemente a la Revelación divina.

San Juan Crisóstomo, quien, como sabéis, trató con palabra tan elevada y con tanta penetración de piedad del misterio eucarístico, instruyendo en una ocasión a sus fieles acerca de esta verdad, se expresó en estos apropiados términos: «Inclinémonos ante Dios; y no le contradigamos, aun cuando lo que Él dice pueda parecer contrario a nuestra razón y a nuestra inteligencia, sino que su palabra prevalezca sobre nuestra razón e inteligencia. Observemos esta misma conducta respecto al misterio (eucarístico), no considerando solamente lo que cae bajo los sentidos, sino atendiendo a sus palabras. Porque su palabra no puede engañar» (In Matth., *homil.* 82, 4; Migne, P. G., 58, 743).

Idénticas afirmaciones han hecho con frecuencia los Doctores escolásticos. Que en este sacramento esté presente el Cuerpo verdadero y la Sangre verdadera de Cristo, «no se puede percibir con los sentidos —como dice Santo Tomás—, sino sólo con la fe, la cual se apoya en la autoridad de Dios. Por esto, comentando el paso de San Lucas 22, 19, *Hoc est Corpus meum quod pro vobis tradetur* (Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros), Cirilo dice: No dudes si esto es verdad, sino más bien

acepta con fe las palabras del Salvador: porque, siendo Él la verdad, no miente» (Summ. Theol., *II a. q. 75, a. 1 c*).

Por eso, haciendo eco al Doctor Angélico, el pueblo cristiano canta frecuentemente: «*Visus tactus gustus in te fallitur, sed auditu solo tuto creditur: credo quidquid dixit Dei Filius, nil hoc Verbo veritatis verius*» (En ti se engaña la vista, el tacto, el gusto; solamente se cree al oído con certeza. Creo lo que ha dicho el Hijo de Dios, pues no hay nada más verdadero que la Palabra de la verdad).

Más aún, San Buenaventura afirma: «Que Cristo esté en el sacramento como signo, no ofrece ninguna dificultad; pero que esté verdaderamente en el sacramento, como en el cielo, he aquí la grandísima dificultad; creer, pues, esto es muy meritorio» (In IV Sent., *dist. X, P. I. a. q. I*; Oper. omn., *t. IV, Ad claras Aquas*, 1889, *p. 217*).

Por lo demás, esto mismo insinúa el Evangelio cuando cuenta que muchos de los discípulos de Cristo, después de haber oído que habían de comer su Carne y beber su Sangre, volvieron las espaldas al Señor diciendo: «*Duro es este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?*». Pero Pedro, por lo contrario, al preguntarle Jesús si también los Doce se querían marchar, afirmó pronta y firmemente su fe y la de los apóstoles, dando esta admirable respuesta: «*Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn. 6, 61-69).

Es, pues, lógico que al investigar este misterio sigamos como una estrella al magisterio de la Iglesia, al que el divino Redentor ha confiado la Palabra de Dios, escrita y transmitida oralmente para que la custodie y la interprete, convencidos de que «aunque no se indague con la razón, aunque no se explique con la palabra, todavía es verdad, sin embargo, lo que desde la antigüedad con fe católica veraz se predica y se cree por toda la Iglesia» (San Agustín, *Contr. Iulian., IV, 5, 11*; *Migne P. L. 44, 829*).

Pero esto no basta. Efectivamente, salva la integridad de la fe; es también necesario atenerse a una manera apropiada de hablar, para que no demos origen a falsas opiniones —lo que Dios no quiera— acerca de la fe en los altos misterios, al usar

palabras inexactas. Esto advierte San Agustín gravemente cuando considera el diverso modo de hablar de los filósofos y del cristianismo: «Los filósofos —*escribe*— hablan libremente y en las cosas muy difíciles de entender no temen herir los oídos religiosos. Nosotros, en cambio, debemos hablar según una regla determinada, para evitar que el abuso de las palabras engendre alguna opinión impía acerca de las cosas que significan» *San Agustín, De civit. Dei, X, 23; Migne P. L. 41, 300*).

La norma, pues, de hablar que la Iglesia, con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, ha establecido, confirmándola con la autoridad de los Concilios, y que con frecuencia se ha convertido en contraseña y bandera de la fe ortodoxa, debe ser escrupulosamente observada, y nadie, por su propio arbitrio o con pretexto de nueva ciencia, presume cambiarla. ¿Quién, jamás, podría tolerar que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios ecuménicos para los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación se juzguen como inadecuadas a los hombres de nuestro tiempo y que en su lugar se empleen inconsideradamente otras nuevas? Del mismo modo no se puede tolerar que cualquier persona privada pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tridentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico. Puesto que esas fórmulas, como las demás de que la Iglesia se sirve para proponer los dogmas de la fe, expresan conceptos que no están ligados a una determinada forma de cultura ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresan con adecuadas y determinadas palabras tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a los hombres de todo tiempo y lugar.

Verdad es que las fórmulas se pueden explicar clara y más ampliamente con mucho fruto, pero nunca en sentido diverso de aquel en que fueron usadas, de modo que al progresar la inteligencia de la fe persevere intacta la verdad de la fe. Porque, según enseña el Concilio Vaticano I en los sagrados dogmas, «se

debe siempre retener el sentido que la Santa Madre Iglesia ha declarado una vez para siempre y nunca es lícito alejarse de ese sentido bajo el especioso pretexto de más profunda inteligencia» (*Constit. dogm. De fide cathl., c. 4*).

*El misterio eucarístico se realiza en el sacrificio de la misa.*

Y para edificación y alegría de todos, nos place, venerables hermanos, recordar la doctrina que la Iglesia católica conserva por la tradición y enseña con unánime consentimiento.

Ante todo, es provechoso traer a la memoria lo que es como la síntesis y punto central de esta doctrina, es decir, que por el misterio eucarístico se representa de manera admirable el sacrificio de la cruz consumado de una vez para siempre en el Calvario, se recuerda continuamente y se aplica su virtud salvadora para el perdón de los pecados que diariamente cometemos (*cfr. Concil. Trid., Doctrina de SS. Missae Sacrificio, c. 1*).

Nuestro Señor Jesucristo, al instituir el misterio eucarístico, sancionó con su Sangre el Nuevo Testamento, del cual Él es el Mediador, como en otro tiempo Moisés había sancionado el Antiguo con la sangre de los terneros (*cfr. Ex. 24, 8*), porque, como cuenta el evangelista, en la última cena, *tomando el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: esto es mi cuerpo, entregado por vosotros: haced esto en memoria mía. Asimismo tomó el cáliz, después de la cena, diciendo: Este es el cáliz de la nueva Alianza en mi Sangre, derramada por vosotros (Luc. 22, 19-20; cfr. Mt., 26, 26-29; Mc., 14, 22-24)*. Al ordenar a los apóstoles que hicieran esto en memoria suya, quiso por lo mismo que se renovase perfectamente. Y la Iglesia lo ha ejecutado con fidelidad, perseverando en la doctrina de los apóstoles y reuniéndose para celebrar el sacrificio eucarístico. «*Todos ellos perseveraban —como atestigua cuidadosamente San Lucas— en la doctrina de los apóstoles y en la comunión de la fracción del pan y en la oración*» (*Hech., 2, 42*). Y era tan grande el fervor que los fieles concebían de esto, que podía decirse de ellos: «*la muchedumbre de los creyentes era un solo corazón y una alma sola*» (*Hech., 4, 32*).

Y el apóstol Pablo, que nos transmitió fidelísimamente lo que había recibido del Señor (*I Cor.*, 11, 22 ss.), habla abiertamente del sacrificio eucarístico cuando demuestra que los cristianos no pueden tomar parte en los sacrificios de los paganos, precisamente porque se han hecho participantes de la mesa del Señor. «*El cáliz de bendición que bendicimos —dice—, ¿no es por ventura la comunión de la Sangre de Cristo?... No podéis beber el cáliz de Cristo y el cáliz de los demonios, no podéis tomar parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios*» (*I Cor.*, 10, 16). La Iglesia, enseñada por el Señor y por los apóstoles, ha ofrecido siempre esta «nueva oblación del Nuevo Testamento, que Malaquías había preanunciado» (1, 11), no sólo por los pecados, las penas, las expiaciones y demás necesidades de los fieles vivos, sino también por los muertos en Cristo no purificados aún del todo» (*Concil. Trid.*, Doctrina de SS. Missae Sacrificio, c. 2).

Por no traer otros testimonios recordamos solamente el de San Cirilo de Jerusalén, quien, instruyendo a los neófitos en la fe cristiana, dijo estas memorables palabras: «Después de completar el sacrificio espiritual, rito incruento, pedimos a Dios sobre la hostia de propiciación por la paz común de las Iglesias, por el recto orden del mundo, por los emperadores, por los ejércitos y los aliados, por los enfermos, por los afligidos, y, en general, todos nosotros rogamos por todos los que tienen necesidad de ayuda y ofrecemos esta víctima... y además (oramos) también por los santos padres y obispos difuntos y, en general, por todos los que han muerto entre nosotros, persuadidos de que les será de sumo provecho a las almas por las cuales se eleva la oración mientras está aquí presente la Víctima Santa y digna de la máxima reverencia». Confirmando esto con el ejemplo de la corona entretrejida para el emperador con objeto de que perdone a los desterrados, el mismo santo Doctor concluye así: «Del mismo modo también nosotros ofrecemos plegarias a Dios por los difuntos, aunque sean pecadores; no le entretrejemos una corona, pero le ofrecemos en compensación de nuestros pecados a Cristo inmolado, tratando de hacer a Dios propicio para con nosotros y con ellos» (*Catecheses*, 23 [*myst.* 5], 8-18;

*Migne P. G.* 33, 1115-118). San Agustín atestigua que la costumbre de ofrecer el «sacrificio de nuestra redención» también por los difuntos estaba vigente en la Iglesia romana (*cf.* *Confess.*, IX, 12, 32; *P. L.* 32, 777; *cf.* *ibid.*, IX, 11, 27; *P. L.* 32, 775), y al mismo tiempo hace notar que aquella costumbre, como transmitida por los Padres, se observaba en toda la Iglesia (*cf.* *Serm.* 172, 2; *P. L.* 38, 936; *cf.* *De cura gerenda pro mortuis*, 13; *P. L.* 40, 593).

Pero hay otra cosa que, por ser útil para ilustrar el misterio de la Iglesia, nos place añadir; esto es, que la Iglesia, al desempeñar la función de sacerdote y víctima juntamente con Cristo, ofrece toda entera el sacrificio de la misa, y toda entera se ofrece en él. Nos deseamos ardientemente que esta admirable doctrina, enseñada ya por los Padres (*cf.* *San Agustín*, *De civit. Dei*, X, 6; *P. L.* 41, 284), recientemente expuesta por nuestro predecesor, Pío XII, de inmortal memoria (*cf.* *Litt. Encicl. Mediator Dei*, A. A. S. XXXIX, 1947, p. 552), y últimamente expresada por el Concilio Vaticano II en la Constitución «*De Ecclesia*» a propósito del pueblo de Dios (*cf.* *Const. Dogm. De Ecclesia*, c. 2, n. 11; A. A. S. LVII, 1965, p. 15), se explique una y otra vez y se inculque profundamente en las almas de los fieles, dejando a salvo, como es justo, la distinción no sólo de grado, sino de naturaleza que hay entre el sacerdocio de los fieles y el sacerdocio jerárquico (*cf.* *ibid.*, c. 2, n. 10; A. A. S. LVII, 1965, p. 14). Porque esta doctrina, en efecto, es aptísima para alimentar la piedad eucarística, para enaltecer la dignidad de todos los fieles y para estimular a las almas a llegar a la cumbre de la santidad, que no consiste sino en entregarse totalmente al servicio de la Divina Majestad con generosa oblación de sí mismo.

Conviene, además, recordar la conclusión que se desprende «de la naturaleza pública y social de toda misa» (*Const. De Sacra Liturgia*, c. 1, n. 28; A. A. S. LVI, 1964, p. 107). Porque toda misa, aun la celebrada privadamente por un sacerdote, no es privada, sino acción de Cristo y de la Iglesia, la cual, en el sacrificio que ofrece, sabe que se ofrece a sí misma como sacrificio universal, y aplica a la salvación del mundo entero la única e

infinita virtud redentora del sacrificio de la cruz. Pues cada misa que se celebra se ofrece no sólo por la salvación de algunos, sino también por la salvación de todo el mundo. De donde se sigue que aunque a la celebración de la misa convenga en gran manera por su misma naturaleza que un gran número de fieles tome parte activa en ella, no por eso se ha de desaprobado, sino antes bien aprobar, la misa celebrada privadamente, según las prescripciones y tradiciones de la Iglesia, por un sacerdote con sólo el ministro que le ayuda y le responde; porque de esta misa se deriva gran abundancia de gracias especiales para provecho ya del mismo sacerdote, ya del pueblo fiel y de toda la Iglesia, y aun de todo el mundo: gracias que no se obtienen en igual abundancia con la sola comunión.

Por tanto, paternalmente y con insistencia recomendamos a los sacerdotes —que de un modo particular constituyen nuestro gozo y nuestra corona en el Señor— que, agradecidos por la potestad que recibieron del obispo que los consagró para ofrecer a Dios el sacrificio y celebrar misas tanto por los vivos como por los difuntos en nombre del Señor (*cf. Pontif. Rom.*), celebren cada día la misa digna y devotamente, a fin de que ellos mismos y los demás cristianos puedan gozar en abundancia de la aplicación de los frutos que brotan del sacrificio de la cruz. Así también ayudarán sumamente a la salvación del género humano.

*En el sacrificio de la misa, Cristo se hace sacramentalmente presente.*

Lo poco que hemos dicho acerca del sacrificio de la misa nos anima a exponer algo también sobre el sacramento de la Eucaristía, ya que ambos, sacrificio y sacramento, pertenecen al mismo misterio y no se puede separar el uno del otro. El Señor se inmola de manera incruenta en el sacrificio de la misa, que representa el sacrificio de la cruz, y nos aplica su virtud salvadora, cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies de pan y vino.

Bien sabemos todos que no es única la manera como Cristo está presente es su Iglesia. Resulta útil recordar algo más por extenso esta bellísima verdad que la Constitución *De Sacra Liturgia* expuso brevemente (*cf.*, c. 1, n. 7; A. A. S. LVI, 1964, pp. 100-101). Presente está Cristo en su Iglesia orante, siendo Él quien «ora por nosotros, ora en nosotros y a Él oramos: ruega por nosotros como sacerdote nuestro; ruega en nosotros, como cabeza nuestra; a Él rogamos como Dios nuestro» (*San Agustín*, In Ps. 85. 1; P. L. 37, 1081). Y Él mismo prometió: *donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (*cf.* Mt., 18, 20).

Presente está Él en su Iglesia, que ejerce las obras de misericordia, no sólo porque cuando hacemos algún bien a uno de sus hermanos pequeños se lo hacemos al mismo Cristo (*cf.* Mt., 25, 40), sino también porque es Cristo mismo quien realiza estas obras por medio de la Iglesia y socorre así continuamente a todos los hombres con su divina caridad. Presente está en su Iglesia peregrina y que anhela llegar al puerto de la vida eterna, ya que Él habita en nuestros corazones por la fe (*cf.* Ef., 3, 17) y difunde en ellos la caridad por obra del Espíritu Santo que nos da (*cf.* Rom., 5, 5).

De otra forma, muy verdadera, sin embargo, está presente en su Iglesia que predica, ya que el Evangelio que se anuncia es la Palabra de Dios, y solamente en el nombre, con la autoridad y con la asistencia de Cristo, Verbo de Dios encarnado, se anuncia, a fin de que haya «una sola grey segura en virtud de un solo pastor» (*San Agustín*, Contr. Litt. Petilian, III, 10, 11; P. L. 43, 353). Presente está en su Iglesia que rige y gobierna al pueblo de Dios, puesto que la sagrada potestad deriva de Cristo, y Cristo, «Pastor de los pastores» (*San Agustín*, In Ps. 86, 3; P. L. 37, 1102), asiste a los pastores que la ejercitan, según la promesa hecha a los apóstoles.

Además, en modo aún más sublime, está presente Cristo en su Iglesia que ofrece en su nombre el sacrificio de la misa y administra los sacramentos. A propósito de la presencia de Cristo en el ofrecimiento del sacrificio de la misa, nos place recor-

dar lo que San Crisóstomo, lleno de admiración, dijo con verdad y elocuencia: «Quiero añadir una cosa verdaderamente maravillosa, pero no os extrañéis ni turbéis. ¿Qué es? La oblación es la misma, cualquiera que sea el oferente, Pablo o Pedro; la misma que Cristo confió a sus discípulos, y que ahora realizan los sacerdotes: ésta no es en realidad menor que aquélla, porque no son los hombres quienes la hacen santa, sino Aquel que la santificó. Así como las palabras que Dios pronunció son las mismas que el sacerdote ahora dice, así la oblación es la misma» (In Epist. 2 ad Timoth. *homil.* 2, 4; *P. G.* 62, 612). Nadie ignora, por otra parte, que los sacramentos son acciones de Cristo, el cual los administra por medio de los hombres. Y por virtud de Cristo al tocar los cuerpos infunden la gracia en el alma. Estas varias maneras de presencia llenan el espíritu de estupor y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia. Pero es muy otro el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía, que por eso es, entre los demás sacramentos, «el más suave por la devoción, el más bello por la inteligencia, el más santo por el contenido» (*Egidio Romano*, *Theoremata de Corpore Christi, tehor.* 50 *Venitiis* 1521, p. 127; ya que contiene al mismo Cristo y es «como la perfección de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos» (*Santo Tomás*, *Summ. Theol.*, III, q. 73, a. 3 c.).

Tal presencia se llama «real», no por exclusión, como si las otras no fueran «reales», sino por antonomasia, ya que es substancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro (*cfr. Concil. Trid.*, *Decret. de SS. Euch.*, c. 3). Falsamente explicaría esta manera de presencia quien se imaginara una naturaleza, como dicen «pneumática» del cuerpo glorioso de Cristo presente en todas partes, o la redujera a los límites de un simbolismo, como si este augustísimo sacramento no consistiera más que en un signo eficaz «de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los fieles miembros del cuerpo místico» (*cfr. Pio XII, Litt. Encycl. Humani generis*; *A. A. S.*, XLII, 1950, p. 578).

Es verdad que acerca del simbolismo eucarístico, sobre todo

con referencia a la unidad de la Iglesia, han tratado mucho los Padres y Doctores escolásticos. El Concilio de Trento, resumiendo su doctrina, enseña que nuestro Salvador dejó en su Iglesia la Eucaristía «como un símbolo... de su unidad y caridad, con la que quiso que estuvieran íntimamente unidos entre sí todos los cristianos», «y por lo tanto, símbolo de aquel único *Cuerpo* del cual *Él es la Cabeza*» (*Decr. de SS. Eucharistia, proem, et c. 2*).

Ya al comienzo de la literatura cristiana, a propósito de este asunto, escribió el autor desconocido de la obra llamada «Didaché o Doctrina de los doce Apóstoles»: «Por lo que toca a la Eucaristía, dad gracias así... como este pan partido, estaba antes disperso sobre los montes y recogido se hizo uno, así se reúna tu iglesia desde los confines de la tierra en tu reino» (*Didache, 9, 1; Funk, Patres Apostolici, 1, 20*).

Igualmente San Cipriano, defendiendo la unidad de la Iglesia contra el cisma, dice: «Finalmente, los mismos sacrificios del Señor manifiestan la unanimidad de los cristianos, entrelazada con sólida e indisoluble caridad. Porque cuando el Señor llama suyo al pan amasado con la unión de muchos granos, Él está indicando nuestro pueblo unido, a quien Él sostenía; y cuando llama Sangre suya al vino exprimido de muchos granos y racimos, y que unidos forman una cosa, indica igualmente nuestra grey, compuesta de una multitud reunida entre sí» (*Epist. ad Magnum, 6; P. L. 3, 1189*).

Por lo demás, se había adelantado a todos el apóstol cuando escribía a los Corintios: «Porque el pan es uno solo, constituimos un solo cuerpo todos los que participamos de ese solo pan» (*I Cor., 10, 17*).

Pero el simbolismo eucarístico, si nos hace comprender bien el efecto propio de este sacramento, que es la unidad del Cuerpo Místico, no explica, sin embargo, no expresa la naturaleza del sacramento por la cual éste se distingue de los demás. Porque la perpetua instrucción impartida por la Iglesia a los catecúmenos, el sentido del pueblo cristiano, la doctrina definida por el Concilio de Trento, y las mismas palabras de Cristo al instituir la santísima Eucaristía, nos obligan a profesar que «la Eucaristía

es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, y a la que el Padre, por su bondad, ha resucitado» (*San Ignacio*, Epist. ad Smyrn., 7, 1; *P. G.* 5, 714). A estas palabras de San Ignacio de Antioquía nos agrada añadir las de Teodoro de Mopsuestia, fiel testigo en esta materia de la fe de la Iglesia, cuando decía al pueblo: «Porque el Señor no dijo: Esto es un símbolo de mi cuerpo, y esto un símbolo de mi sangre, sino: *Esto es mi cuerpo y mi sangre*. Nos enseña a no considerar la naturaleza de la cosa propuesta a los sentidos, ya que con la acción de gracias y las palabras pronunciadas sobre ella se ha cambiado en su carne y sangre» (In Math. Comm., c. 26; *P. G.* 66, 714).

Apoyado en esta fe de la Iglesia, el Concilio de Trento «abierta y simplemente afirma que en el benéfico sacramento de la santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre». Por tanto, nuestro Salvador está presente según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el sacramento de la Eucaristía «con un modo de existir que aunque apenas podemos expresar con las palabras podemos, sin embargo, alcanzar con la razón ilustrada por la fe y debemos creer firmísimamente que es posible para Dios» (*Decret. de SS. Eucharistia c. 1*).

*Cristo Señor está presente en el sacramento de la Eucaristía por la transubstanciación.*

Mas para que nadie entienda erróneamente este modo de presencia, que supera las leyes de la naturaleza y constituye en su género el mayor de los milagros (*cfr. Litt. Encycl. Mirae Caritatis; Acta Leonis XIII, vol. XXII, 1902-1903, p. 123*), es necesario escuchar dócilmente la voz de la Iglesia docente y orante. Ahora bien, esta voz, que constituye un eco perenne de la voz de Cristo, nos asegura que Cristo no se hace presente en este

sacramento sino por la conversión de toda la substancia del pan en su cuerpo y de toda la substancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular a la que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama transubstanciación (*cfr. Concil. Trid., Decr. de SS. Eucharistia, c. 4 et can. 2*).

Realizada la transubstanciación, las especies de pan y de vino adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, signo de un alimento espiritual; pero en tanto adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, en cuanto contienen una «realidad» que con razón denominamos *ontológica*. Porque bajo dichas especies ya no existe lo que había antes, sino una cosa completamente diversa; y esto no únicamente por el juicio de fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que, convertida la substancia o naturaleza del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino las solas especies; bajo ellas Cristo todo entero está presente en su «realidad» física, aun corporalmente, aunque no del mismo modo como los cuerpos están en un lugar.

Por ello los Padres tuvieron gran cuidado de advertir a los fieles que al considerar este augustísimo sacramento confiaran no en los sentidos que se fijan en las propiedades del pan y del vino, sino en las palabras de Cristo, que tienen tal fuerza que cambian, transforman, «traselementan» el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre; porque, como más de una vez lo afirman los mismos Padres, la virtud que realiza esto es la misma virtud de Dios omnipotente que al principio del tiempo creó el universo de la nada.

«Instruido en estas cosas —dice San Cirilo de Jerusalén para concluir su sermón sobre los misterios de la fe— e imbuido de una certísima fe, para la cual aquello que parece pan no es pan, no obstante la sensación del gusto, sino es el Cuerpo de Cristo; y aquello que parece vino no es vino, aunque así le parezca al gusto, sino la Sangre de Cristo..., confirma tu corazón y come ese pan como algo espiritual y alegra la faz de tu alma» (*Catecheses, 22, 9 [myst. 4]; P. G. 33, 1103*).

Insiste igualmente San Juan Crisóstomo: «No es el hombre quien convierte las cosas ofrecidas en el cuerpo y la sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que por nosotros fue crucificado. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia aquellas palabras, pero su virtud y la gracia son de Dios. *Este es mi cuerpo*, dice. Y esta palabra transforma las cosas ofrecidas» (De prodit. Iudae, homil. I, 6; P. G. 49, 380; cfr., In Matth., homil. 82, 5; P. G. 58, 744).

Y con el obispo de Constantinopla Juan, está perfectamente de acuerdo el obispo de Alejandría Cirilo, quien, en su comentario sobre el Evangelio de San Mateo, escribe: «[Cristo] en forma indicativa dice: *Esto es mi cuerpo y esto es mi sangre*, para que no creas que son simples figuras las cosas que se ven, sino que las cosas ofrecidas son transformadas, de manera misteriosa pero realmente por Dios omnipotente, en el cuerpo y en la sangre de Cristo; y al participar de ellos recibimos la virtud vivificante y santificadora de Cristo» (In Matth., 26, 27; P. G. 72, 451).

Y Ambrosio, obispo de Milán, comentando con claridad la conversación eucarística, dice: «Convenzámonos de que esto no es lo que la naturaleza formó, sino lo que la bendición consagró y que la fuerza de la bendición es mayor que la de la naturaleza, porque con la bendición aun la naturaleza se cambia.» Y queriendo confirmar la verdad del misterio, propone muchos ejemplos de milagros narrados en la Escritura, entre los cuales el nacimiento de Jesús de la Virgen María, y luego, volviéndose a la creación concluye: «Por lo tanto, la palabra de Cristo, que ha podido hacer de la nada lo que no existía, ¿no puede acaso cambiar las cosas que ya existen, en lo que no eran? Pues no es menos dar a las cosas su propia naturaleza, que cambiársela» (De Myster., 9, 50-52; P. L. 16, 422-424).

Pero no es necesario aducir muchos testimonios. Es más útil recordar la firmeza de la fe con que la Iglesia, con unánime concordia, resistió a Berengario, el cual, cediendo a las dificultades sugeridas por la razón humana, se atrevió el primero a negar la conversión eucarística. La Iglesia lo amenazó repetidas veces con la condena si no se retractaba. Y por eso San Gregorio VII, nuestro predecesor, le impuso el prestar un juramento en estos

términos: «Creo de corazón y abiertamente confieso que el pan y el vino que se colocan en el altar, por el misterio de la oración sagrada, y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten substancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la salvación del mundo estuvo pendiente de la cruz, y está sentado a la derecha del Padre; y que está la verdadera sangre de Cristo, que brotó de su costado, y ello no sólo por signo y virtud del sacramento, sino en propiedad de naturaleza y en substancia» (*Mansi. Coll. ampliss. Concil., XX, 524 D*).

Están de acuerdo con estas palabras, y dan con ello un admirable ejemplo de la firmeza de la fe católica, cuanto los Concilios Ecuménicos Lateranense, Constanciense, Florentino y, finalmente, el Tridentino han enseñado de un modo constante sobre el misterio de la conversión eucarística, ya sea exponiendo la doctrina de la Iglesia, ya sea condenando los errores.

Después del Concilio de Trento nuestro predecesor Pío VI advirtió seriamente contra los errores del Sínodo de Pistoia, que los párrocos, que tienen el oficio de enseñar, no descuiden el hablar de la transustanciación, que es uno de los artículos de la fe (*Const. Auctorem Fidei, 28 ag. 1794*). También nuestro predecesor Pío XII, de feliz memoria, recordó los límites que no deben pasar todos los que discuten agudamente del misterio de la transustanciación (*Aloc. 22 septiembre 1956; A. A. S., XLVIII, 1956, p. 720*). Nos mismo, en el reciente Congreso Nacional Italiano Eucarístico de Pisa, conforme a nuestro deber apostólico, hemos dado pública y solemnemente testimonio de la fe de la Iglesia (*A. A. S., LVII, 1965, 588-592*).

Por lo demás, la Iglesia católica no sólo ha enseñado siempre, sino que también ha vivido la fe en la presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, puesto que ha adorado en todos los tiempos tan gran sacramento con culto latréutico que se debe solamente a Dios. De este culto escribe San Agustín: «En esta carne [el Señor] ha caminado aquí y esta misma carne

nos ha dado de comer para la salvación; y ninguno come esta carne sin haberla antes adorado..., de modo que no pecamos adorándola, antes al contrario, pecamos si no la adoramos» (In Ps. 98, 9; *P. L.* 37, 1204).

*Del culto latréutico debido al sacramento eucarístico.*

La Iglesia católica profesa este culto latréutico que se debe al sacramento eucarístico no sólo durante la misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la mayor diligencia las hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo.

De esta veneración tenemos muchos testimonios en los más antiguos documentos de la Iglesia. Pues los pastores de la Iglesia exhortaban solícitamente a los fieles a conservar con suma diligencia la Eucaristía que llevaban a casa. «En verdad, el Cuerpo de Cristo debe ser comido y no despreciado de los fieles», como amonesta gravemente San Hipólito (*Trad. Apost. ed. Botte, La tradition Apostolique de St. Hippolyte. Munster, 1963, p. 84*).

Consta que los fieles creían, y con razón, que pecaban, como recuerda Orígenes, si, habiéndolo recibido el Cuerpo del Señor y conservándolo con todo cuidado y veneración, algún fragmento caía por negligencia (In Exod. fragm.; *Migne P. G.* 12, 391).

Que los mismos pastores reprobasen fuertemente cualquier defecto de debida reverencia, lo atestigua Novaciano, digno de fe en esto, que juzga digno de reprobación el que «saliendo de la celebración dominical y llevando aún consigo, como se suele, la Eucaristía..., lleva el Cuerpo Santo del Señor de acá para allá», corriendo a los espectáculos y no a su casa (*De Spectaculis; C. S. E. L. III, p. 8*).

Todavía más: San Cirilo de Alejandría rechaza como locura la opinión de aquellos que sostenían que la Eucaristía no sirve nada para la santificación si queda algún residuo de ella el día siguiente: «Pues ni se altera Cristo», dice, «ni se muda su sagrado Cuerpo, sino persevera siempre en él la fuerza, la potencia y la gracia vivificante» (*Epist. ad Calosyrium; P. G.* 76, 1075).

Ni se debe olvidar que antiguamente los fieles, ya sea que se encontrasen bajo la violencia de la persecución, ya sea que por amor de la vida monástica viviesen en la soledad, solían alimentarse diariamente de la Eucaristía, tomando la sagrada comunión con las propias manos, cuando estaba ausente el sacerdote o el diácono (*cfr. Basil, Epist., 93; P. G. 32, 483-486*).

No decimos esto, sin embargo, para que se cambie el modo de custodiar la Eucaristía o de recibir la santa comunión, establecido después por las leyes eclesiásticas y todavía hoy vigente, sino sólo para congratularnos de la única fe de la Iglesia, que es siempre la misma.

De esta única fe ha nacido también la fiesta del Corpus Christi, que, especialmente por obra de la sierva de Dios Santa Juliana de Mont Cornillon, fue celebrada por primera vez en la diócesis de Lieja, y que nuestro predecesor Urbano IV extendió a toda la Iglesia, y han nacido también otras muchas instituciones de piedad eucarística que, bajo la inspiración de la gracia divina, se han multiplicado cada vez más, y con las cuales la Iglesia católica, casi a porfía, se esfuerza en rendir homenaje a Cristo, o en implorar su misericordia.

#### *Exhortación para promover el culto eucarístico.*

Os rogamos, pues, venerables hermanos, que custodiéis pura e íntegra en el pueblo confiado a vuestro cuidado y vigilancia esta fe que nada desea más ardientemente que guardar una perfecta fidelidad a la palabra de Cristo y de los apóstoles, rechazando plenamente todas las opiniones falsas y perniciosas, y promováis, sin economizar palabras ni fatigas, el culto eucarístico, al cual deben conducir y converger finalmente todas las otras formas de piedad.

Los fieles, bajo vuestro impulso, conozcan y experimenten más y más esto: «El que quiere vivir tiene dónde y de dónde vivir. Que se acerque, que crea, que se incorpore para ser vivificado. Que no renuncie a la cohesión de los miembros, que no sea un miembro deforme de modo que se tenga que avergonzar:

que sea un miembro hermoso, apto, sano; que se adhiera al cuerpo, que viva de Dios para Dios; que trabaje ahora sobre la tierra para poder después reinar en el cielo» (*San Agustín, In Ioann. tract. 26, 13; P. L. 35, 1963*).

Diariamente, como es de desear, los fieles en gran número participan activamente en el sacrificio de la misa, se alimentan con corazón puro y sano de la sagrada comunión, y den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan gran don. Recuerden estas palabras: «El deseo de Jesús y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado banquete, consiste sobre todo en esto: que los fieles, unidos a Dios por virtud del sacramento, saquen de él fuerza para dominar la sensibilidad, para purificarse de las leves culpas cotidianas y para evitar los pecados graves a los que está sujeta la humana fragilidad» (*Decr. S. Congr. Concil., 20 dic. 1905; A. A. S., XXXVIII, 1905-6, p. 401*). Además, durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al santísimo sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente.

Todos saben que la divina Eucaristía confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad. Ya que no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino también después, mientras la Eucaristía es conservada en las iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, «Dios con nosotros». Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (*cfr. Jn., 1, 14*); ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a Él, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias, sino las de Dios. Cualquiera, pues, que se dirige al augusto sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa sea la vida

Ni se debe olvidar que antiguamente los fieles, ya sea que se encontrasen bajo la violencia de la persecución, ya sea que por amor de la vida monástica viviesen en la soledad, solían alimentarse diariamente de la Eucaristía, tomando la sagrada comunión con las propias manos, cuando estaba ausente el sacerdote o el diácono (*cfr. Basil, Epist., 93; P. G. 32, 483-486*).

No decimos esto, sin embargo, para que se cambie el modo de custodiar la Eucaristía o de recibir la santa comunión, establecido después por las leyes eclesiásticas y todavía hoy vigente; sino sólo para congratularnos de la única fe de la Iglesia, que es siempre la misma.

De esta única fe ha nacido también la fiesta del Corpus Christi, que, especialmente por obra de la sierva de Dios Santa Juliana de Mont Cornillon, fue celebrada por primera vez en la diócesis de Lieja, y que nuestro predecesor Urbano IV extendió a toda la Iglesia, y han nacido también otras muchas instituciones de piedad eucarística que, bajo la inspiración de la gracia divina, se han multiplicado cada vez más, y con las cuales la Iglesia católica, casi a porfía, se esfuerza en rendir homenaje a Cristo, o en implorar su misericordia.

### *Exhortación para promover el culto eucarístico.*

Os rogamos, pues, venerables hermanos, que custodiéis pura e íntegra en el pueblo confiado a vuestro cuidado y vigilancia esta fe que nada desea más ardientemente que guardar una perfecta fidelidad a la palabra de Cristo y de los apóstoles, rechazando plenamente todas las opiniones falsas y perniciosas, y promováis, sin economizar palabras ni fatigas, el culto eucarístico, al cual deben conducir y converger finalmente todas las otras formas de piedad.

Los fieles, bajo vuestro impulso, conozcan y experimenten más y más esto: «El que quiere vivir tiene dónde y de dónde vivir. Que se acerque, que crea, que se incorpore para ser vivificado. Que no renuncie a la cohesión de los miembros, que no sea un miembro deforme de modo que se tenga que avergonzar:

que sea un miembro hermoso, apto, sano; que se adhiera al cuerpo, que viva de Dios para Dios; que trabaje ahora sobre la tierra para poder después reinar en el cielo» (*San Agustín, In Ioann. tract. 26, 13; P. L. 35, 1963*).

Diariamente, como es de desear, los fieles en gran número participan activamente en el sacrificio de la misa, se alimentan con corazón puro y sano de la sagrada comunión, y den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan gran don. Recuerden estas palabras: «El deseo de Jesús y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado banquete, consiste sobre todo en esto: que los fieles, unidos a Dios por virtud del sacramento, saquen de él fuerza para dominar la sensibilidad, para purificarse de las leves culpas cotidianas y para evitar los pecados graves a los que está sujeta la humana fragilidad» (*Decr. S. Congr. Concil., 20 dic. 1905; A. A. S., XXXVIII, 1905-6, p. 401*). Además, durante el día, los fieles no omitan el hacer la visita al santísimo sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor, allí presente.

Todos saben que la divina Eucaristía confiere al pueblo cristiano una incomparable dignidad. Ya que no sólo mientras se ofrece el sacrificio y se realiza el sacramento, sino también después, mientras la Eucaristía es conservada en las iglesias y oratorios, Cristo es verdaderamente el Emmanuel, es decir, «Dios con nosotros». Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad (*cfr. Jn., 1, 14*); ordena las costumbres, alimenta las virtudes, consuela a los afligidos, fortalece a los débiles, incita a su imitación a todos los que se acercan a Él, a fin de que con su ejemplo aprendan a ser mansos y humildes de corazón, y a buscar no las cosas propias, sino las de Dios. Cualquiera, pues, que se dirige al augusto sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin grande gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa sea la vida

escondida con Cristo en Dios (*cfr. Col., 3, 3*) y cuánto valga entablar conversaciones con Cristo: no hay cosa más suave que ésta, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad.

Os es bien conocido, además, venerables hermanos, que la Eucaristía es conservada en los templos y oratorios como el centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad, puesto que bajo el velo de las sagradas especies contiene a Cristo, Cabeza visible de la Iglesia, Redentor del mundo, centro de todos los corazones, «por quien son todas las cosas y nosotros por Él» (*I Cor., 8, 6*).

De aquí se sigue que el culto de la divina Eucaristía mueve fuertemente el ánimo a cultivar el amor «social» (*cfr. San Agustín, De gen. ad litt., XI, 15, 20; P. L. 34, 437*), con el cual antepo- nemos al bien privado el bien común; hacemos nuestra la causa de la comunidad, de la parroquia, de la Iglesia universal, y extendemos la caridad a todo el mundo, porque sabemos que en todas partes existen miembros de Cristo.

Venerables hermanos, puesto que el sacramento de la Eucaristía es signo y causa de la unidad del Cuerpo Místico y en aquellos que con mayor fervor lo veneran excita un activo espíritu «eclesial», no ceséis de persuadir a vuestros fieles que, acercándose al misterio eucarístico, aprendan a hacer propia la causa de la Iglesia, a orar a Dios sin intermisión, a ofrecerse a sí mismos al Señor como agradable sacrificio por la paz y la unidad de la Iglesia, a fin de que todos los hijos de la Iglesia sean una sola cosa y tengan el mismo sentimiento, ni haya entre ellos cismas, sino que sean perfectos en una misma manera de sentir y de pensar, como manda el apóstol (*cfr. I Cor., 1, 10*); y que todos aquellos que no están todavía unidos con perfecta comunión con la Iglesia católica en cuanto que están separados de ella, pero se glorían y honran del nombre cristiano, lleguen cuanto antes con el auxilio de la gracia divina a gozar juntamente con nosotros de la unidad de fe y de comunión que Cristo quiso que fuera el distintivo de sus discípulos.

Este deseo de orar y consagrarse a Dios por la unidad de la

Iglesia lo deben considerar como particularmente suyo los religiosos, hombres y mujeres, ya que ellos se dedican de modo especial a la adoración del santísimo sacramento, haciéndole como corona aquí en la tierra en virtud de los votos que han hecho.

Pero queremos expresar una vez más el deseo de la unidad de todos los cristianos, que es el más querido y grato que tuvo y tiene la Iglesia, con las mismas palabras del Concilio Tridentino en la conclusión del Decreto sobre la santísima Eucaristía: «Finalmente, el Santo Sínodo advierte con paterno afecto, ruega e implora por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios (*Lc.*, 1, 78) que todos y cada uno de los cristianos convengan y concuerden en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia y considerando tan gran majestad y el amor tan eximio de Nuestro Señor Jesucristo, que dio su preciosa vida como precio de nuestra salvación y nos dio su *carne para comerla* (*Jn.*, 6, 48 ss.), crean y adoren estos sagrados misterios de su Cuerpo y de su Sangre con fe tan firme y constante, con tanta piedad y culto, que les permita recibir frecuentemente este pan *supersubstancial* (*Mt.*, 6, 11), y que éste sea para ellos verdaderamente vida del alma y perenne salud de la mente, de tal forma que, fortalecidos con su vigor (*Reg.*, 19, 8), puedan llegar desde esta pobre peregrinación a la patria celeste para comer allí, sin velos, el mismo pan de los ángeles (*Salm.* 7, 25) que ahora comen bajo los sagrados velos» (*Decret. De SS. Eucharistia, c. 8*).

Ojalá que el benignísimo Redentor, que ya próximo a la muerte rogó al Padre que todos los que habian de creer en Él fuesen una sola cosa, como Él y el Padre son una cosa sola (*cfr. Jn.*, 17, 20-21), se digne oír lo más pronto posible este nuestro ardentísimo deseo y el de toda la Iglesia, es decir, que todos, con una sola voz y una sola fe, celebremos el misterio eucarístico, y participando del Cuerpo de Cristo formemos un solo cuerpo (*cfr. I Cor.*, 10, 17), unido con los mismos vínculos con los cuales Él lo quiso formado.

Nos dirigimos, además, con fraterna caridad a aquellos que pertenecen a las venerables Iglesias de Oriente, en las que flore-

cieron tantos celebérrimos Padres cuyos testimonios en torno a la Eucaristía hemos recordado muy gustosamente en esta nuestra Carta. Nos sentimos penetrados de gran gozo cuando consideramos vuestra fe ante la Eucaristía, que coincide con nuestra fe, cuando escuchamos las oraciones litúrgicas con que celebráis vosotros un tan grande misterio, cuando admiramos vuestro culto eucarístico y leemos a vuestros teólogos que exponen y defienden la doctrina en torno a este augustísimo sacramento.

La Santísima Virgen María, de la que Cristo Señor tomó aquella carne que en este sacramento está contenida bajo la especie del pan y del vino, es ofrecida y comida (*C. I. C., Can. 801*), y todos los santos y las santas de Dios, especialmente aquellos que sintieron más ardiente devoción por la divina Eucaristía, intercedan junto al Padre de las misericordias, a fin de que la común fe y culto eucarístico brote y cobre más vigor la perfecta unidad de comunión entre todos los cristianos. Están impresas en el ánimo las palabras del mártir Ignacio, que amonesta a los fieles de Filadelfia sobre el mal de las desviaciones y de los cismas, para los que es remedio la Eucaristía: «Esforzáos, pues —dice aquél—, por usufructuar una sola Eucaristía; porque una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo, y uno solo es el cáliz en la unidad de su Sangre, uno el altar, como uno es el obispo...» (*San Ignacio, Ep. ad Philad., 4; P. G. 5, 700*).

Con la suavísima esperanza que del acrecentado culto eucarístico derivarán muchos bienes para toda la Iglesia y para todo el mundo, a vosotros, venerables hermanos, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos aquellos que os prestan su colaboración, a todos los fieles confiados a vuestros cuidados, impartimos con gran efusión de amor, y en prenda de las gracias celestiales, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de San Pío X, el tres de septiembre de mil novecientos sesenta y cinco, tercer año de nuestro pontificado.

PAULUS PP. VI.

# ALOCUCION PASTORAL

SOBRE LA JACULATORIA MENORQUINA POR EL PAPA RECIENTEMENTE  
ELOGIADA POR EL ACTUAL PONTIFICE PAULO VI

---

**B**IEN lo sabéis, carísimos diocesanos:

Notable joya de la espiritualidad menorquina es la que llamamos Jaculatoria por el Papa, hallada en los campos de nuestra payesía, usada desde siglos entre las faenas de los campesinos de la isla e incorporada desde 1942 en el Himnario Oficial de la Diócesis.

En la Alocución Pastoral después de la Visita «ad Limina» a Su Santidad Pio XII el año 1947, hicimos constar que en la visita expusimos al Pontífice que una «antigua invocación popular de los campesinos al Corazón de Jesús, para que ayude al Padre Santo, ahora recogida y puesta en música coral, es el canto de oración pública y frecuentísima por el Papa en boca del pueblo, en todas nuestras iglesias y solemnidades. Entregámosle un ejemplar del Himnario de la Diócesis que la contiene, donde él mismo leyó la respectiva nota crítica y folklórica del doctor Camps con el texto de la plegaria, recorrió las páginas de su música coral, del maestro Mas y Serracant, y con vivo interés y satisfacción lo reservó sobre su mesa». —Igualmente en la Alocución Pastoral después de la otra Visita «ad Limina» y al mismo Pontífice el año 1957, escribimos: «Informamos solícitamente a Su Santidad e hicimos constar vuestra antigua, popular y viva devoción a la Santa Sede, demostrada una vez más en Febrero de este mismo año con ocasión de la visita del Excmo. y Rdmó. Sr. Nuncio Apostólico, quien, en todas partes de Menorca, la comprobó escuchando el fervoroso canto popularísimo de la antigua jaculatoria menorquina por el Papa, incorporada a Nuestro Himnario Oficial; y así pusimos en sus venerables manos un ejemplar del mismo, en segunda edición, magníficamente impreso y a él dedicado, ricamente encuadernado en pergamino y ornado con su escudo en oro. Hojeolo con interés y agradecimiento».

No habíamos tenido ocasión de presentar la sobredicha jaculatoria, cual era Nuestro deseo, a Su Santidad el Papa Paulo VI, felizmente reinante; pero la halló la peregrinación de los fieles de la Parroquia de Alayor, organizada y dirigida por el Rdo. Vicario D. Gabriel Pons Jover, el día 18 de Agosto del presente año. Muy oportunamente quisieron poner los peregrinos en manos del Pontífice un artístico banderín en que se leía la jaculatoria y, además, y eso era lo principal, un espléndido ejemplar de la edición mayor y más ilustrada del Himnario, pulcramente encuadernado y dedicado al Santo Padre. Según se hace constar en la nota de crónica de la peregrinación, tuvo ésta que dirigirse a Castelgandolfo para ver al Papa en día de Audiencia general. Después del discurso y saludo de Su Santidad, que nombró todas las peregrinaciones allí presentes, y, entre ellas, la de Alayor de Menorca, al pasar por entre los peregrinos se acercaron a él el Rdo. Director de la peregrinación y un niño vestido con el traje típico menorquín y pusieron en sus manos el precioso ejemplar del Himnario, quedando satisfechos de las muy singulares muestras de benevolencia y gratitud con que Su Santidad lo aceptó y lo llevaba y ostentaba en sus manos al recorrer la sala de Audiencia en su sede gestatoria.

Pero el mayor gozo para los peregrinos fue la carta de gratitud, aprobación y elogio de dicha jaculatoria expresadas en nombre del Papa por la Secretaría de Estado en precioso documento, fechado el día 18 de Septiembre próximo pasado, que, honrando a Alayor, honra también a toda la Diócesis, y que por su trascendente importancia reproducimos en este BOLETÍN en fotograbado, cuyo original ha de guardarse en el Archivo o exponerse en lugar de honor en la Parroquia de aquella ciudad.

No disminuya, pues, jamás la devoción en el triple canto o rezo de esta bella y ejemplarísima plegaria menorquina, ordenada y usada generalmente en la Diócesis:

«DULCISSIM COR DE JESÚS, VOS QUI L'ESGLÈSIA AMAU TANT,  
AJUDAU AL PARE SANT».

Os bendecimos a todos efusivamente.

Ciudadela, 20 de Octubre de 1965.

† BARTOLOMÉ, OBISPO DE MENORCA.

## CRÓNICA DE LA PEREGRINACIÓN DE LA PARROQUIA DE ALAYOR A ROMA

---

Del día 14 al 29 de agosto del presente año, 31 fieles de la parroquia de Santa Eulalia de Alayor peregrinaron a Roma. Dirigió y organizó la peregrinación el Rdo. Sr. D. Gabriel Pons Jover, Vicario de la expresada parroquia.

El miércoles 18 de agosto los peregrinos alayorenses, juntamente con otros muchos de diversas procedencias, fueron recibidos por Su Santidad el Papa en la Audiencia general ordinaria, habida en la residencia pontificia de Castelgandolfo.

A las diez de la mañana S. S. Paulo VI hizo su entrada en la sala, llevado sobre la sedia gestatoria y aclamado fervorosamente por los numerosos peregrinos. Habiendo ocupado el trono, dirigió su palabra a la multitud en italiano, francés, inglés y español. En esta lengua saludó el Papa «a la peregrinación procedente de la parroquia de Santa Eulalia de Alayor, de la isla de Menorca», palabras que provocaron vítores y aplausos en el emocionado grupo menorquín. El Papa prosiguió su alocución, aun en otros idiomas, y al final impartió a todos los peregrinos la Bendición Apostólica.

Cuando entre incesantes aclamaciones recorría la sala para retirarse, de nuevo llevado en la sedia, la avalancha incontenible de peregrinos rompió en un punto la valla de madera que limitaba el pasillo por donde avanzaba el cortejo. Detúvose éste, y aprovechando afortunadamente el momento, el Rdo. D. Gabriel Pons Jover, tomando en brazos al niño Sebastián Meliá Llopis, de seis años de edad, hijo de padres campesinos, que también tomaron parte en la peregrinación, y que iba vestido con el traje típico menorquín, lo alzó hacia el Papa y le hizo entrega del precioso ejemplar del Himnario, que ofrecía a S. S. Paulo VI la parroquia de Alayor y con ella toda la Diócesis de Menorca, con la partitura de la jaculatoria, encuadernado en piel color marrón con un repujado a mano en que se mostraba la iglesia parroquial

de Alayor, la Tiara y las Llaves y las palabras: «Alayor (Menorca) a S. S. Paulo VI». Seguidamente D. Pedro Mascaró Pons, campesino retirado, le entregó un banderín de seda, donde aparecía bordado el emblema del Sdo. Corazón encima del Vaticano, y la inscripción con nuestra antigua jaculatoria por el Pontífice: «Dulcíssim Cor de Jesús, Vos qui l'Església amau tant, ajudau el Pare Sant».

Al ver estos objetos, el Papa hizo ademán de preguntar si eran para él. Respondió afirmativamente el Rdo. Sr. Pons Jover, añadiendo que eran los obsequios de nuestra Diócesis para Su Santidad. El Papa recibió estos obsequios muy afable y sonriente. El inesperado gesto fue captado enseguida por cientos de máquinas fotográficas.

Y el Papa prosiguió su camino hasta salir de la sala. Llevaba en sus manos estos dones ofrecidos por la peregrinación de Alayor.

Como es costumbre en tales peregrinaciones, también la nuestra entregó para necesidades de la Iglesia la cantidad de cinco mil pesetas recogidas anteriormente en la misma Parroquia de Alayor.

UN PEREGRINO.





DAL VATICANO 18 de Septiembre  
de 1965

N. 53425

Reverendo Señor:

Acompañados por Vuestra Reverencia, un grupo de peregrinos de esa Parroquia de Alayor ha querido, en nombre de los demás feligreses, rendir homenaje de filial devoción al Vicario de Cristo, al cual ha ofrecido - como recuerdo de su participación a la audiencia pontificia - un ejemplar del "Cántico Diocesano del Pueblo Menorquín por el Papa".

La bella y elocuente jaculatoria que, como flor de amor sincero a la Cátedra de Roma, brota espontánea de los labios de ese noble pueblo y que - como autorizada-mente se hace constar en tal publicación - crece con particular fecundidad en la "payesía de Alayor", ha sido motivo de particular consuelo para el paternal corazón del Sumo Pontífice, el cual me encarga significarle su profundo agradecimiento y benevolencia.

En correspondencia a tan delicado gesto, Su Santidad envía a V.R. y a todos sus parroquianos una especial y efusiva Bendición Apostólica, prenda de celestiales favores que les alienten a seguir viviendo las ricas tradiciones cristianas de esa hidalga tierra.

---

Reverendo Señor  
D. Gabriel Pons Jover  
Párroco de

Alayor

./.

Con esta oportunidad, tengo el gusto de manifestar-  
le las seguridades de mi más atenga consideración mien-  
tras me profeso

de Vuestra Reverencia  
devotísimo en Xto.

+ Agell Reyes  
Custodio